

23.1
429
760

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

INAUGURACION DEL INSTITUTO DE CULTURA
LATINO-AMERICANA

EL ESPIRITU DE AMERICA

CONFERENCIA INAUGURAL POR EL DIRECTOR DEL INSTITUTO
Dr. ARTURO GIMENEZ PASTOR

CON LOS DISCURSOS PRELIMINARES DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
Dr. VICENTE C. GALLO

Y DEL DECANO DE LA FACULTAD
Dr. ALFREDO FRANCESCHI



BC 39.989
Mfm 19081

BUENOS AIRES
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

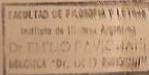
1933

INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO DE CULTURA
LATINO-AMERICANA

Julio 5 de 1934

En esta fecha se realizó la inauguración oficial del *Instituto de cultura latino-americana* con asistencia del señor Presidente de la República, general Agustín P. Justo, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Santiago Luis Copello, el ministro de Instrucción Pública, doctor Manuel de Iriondo, y el rector de la Universidad, doctor Vicente C. Gallo, que ocuparon el estrado del salón de actos públicos de la Facultad de Filosofía y Letras con el decano doctor Alfredo Franceschi, los embajadores de España, señor Alfonso Danvila, y del Uruguay, doctor Eugenio Martínez Thedy, el presidente de la Universidad de La Plata doctor Ricardo Levene, y el director del Instituto inaugurado, doctor Arturo Giménez Pastor.

Inició el acto el rector de la Universidad, con el discurso de apertura de la ceremonia académica, y le siguieron el decano de la Facultad con las palabras de inauguración del nuevo Instituto, y el director del mismo y profesor en la cátedra de literatura americana adjunta a él, que pronunció su conferencia sobre «El espíritu de América.»



DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Dr. VICENTE C. GALLO

El Instituto de Cultura Latino-Americana que hoy inaugura la Facultad de Filosofía y Letras constituye un nuevo y noble instrumento de la función de alta cultura espiritual que incumbe a la Universidad de Buenos Aires, y que ésta viene cumpliendo desde los días iniciales de su organización, paralelamente a la obra docente y de afirmación patriótica que tiene primordialmente asignada dentro de la amplia e integral finalidad de sus superiores objetivos.

El se propone en efecto, entre otras cosas que serán explicadas por el Señor Decano de la Facultad y por el señor profesor, doctor Giménez Pastor, y según la ordenanza de su creación, ser órgano de relaciones intelectuales entre los países ibero-americanos respecto de todas las disciplinas que tengan afinencia con las de esta Facultad.

Así, realizando ese propósito el Instituto integrará y ampliará a la vez, en un escenario diferente, la política de solidaridad que la Nación Argentina ha practicado con todos los pueblos de Sud América, desde la hora lejana de la guerra emancipadora hasta los días presentes, al través de complicaciones, de incertidumbres y de inquietudes de toda índole, acreditando un firme anhelo de paz y un leal respeto a la soberanía de los países hermanos.

La República Argentina tiene una tradición de americanismo que puede invocar con orgullo como un honor en el pasado y como fuente de nobles promesas para el futuro.

En la lucha por la Independencia, sus soldados con San Martín al frente como genio tutelar de sus destinos, concurren gloriosamente a asegurar la emancipación de varias naciones de América, sin que en momento alguno la luminosa grandeza

de sus sacrificios y de sus victorias se viera amenguada o manchada por el afán de la conquista.

San Martín conoció los deslumbramientos de la gloria, pero no sintió las inquietudes perturbadoras del dominador ni las tentaciones peligrosas del despotismo. Vivió, murió y se eterniza en la historia con el nombre incomparable de «El Libertador» con que lo bautizaron sus contemporáneos y lo ha consagrado la historia a la inmortalidad.

Alcanzada la Independencia, la República no pasó a nadie la cuenta de sus sacrificios, ni invocó méritos para obtener ventajas: resolvió por medio del arbitraje sus diferencias de límites con los países vecinos y buscó, no en los derechos de la victoria ni en el imperio de la fuerza, sino en las sanciones de la justicia internacional, las soluciones de la paz cordial y decorosa que ennoblece a los pueblos, enaltece a los Gobiernos y pone luz y laureles eternos en las banderas!

Más tarde, en cuanto oportunidad se ofreció, hizo profesión de americanismo en el orden de las relaciones internacionales, como en la intervención de Montevideo en las gestiones para la convocatoria del primer Congreso Americanista en Panamá, como en la histórica nota del ministro don Bernardo de Irigoyen al Gobierno de Colombia, o en la fórmula igualmente memorable de la doctrina Drago en el caso de Venezuela, o con su actitud eminentemente pacifista en los días que corren, tan ingratos para los anhelos de la concordia internacional, y tan penosos para los sentimientos civilizadores de la justicia!

Las cátedras de la Universidad de Buenos Aires se han visto reiteradamente honradas por el esclarecido desempeño que en ellas han tenido profesores eminentes de diversas naciones de Sud América, acogidos con simpatía respetuosa. Por sus aulas han pasado enseñando a la juventud argentina y dejando en ellas un recuerdo luminoso, Florentino González, de Colombia, y David de Tezanos Pinto, de Chile, en Derecho, Bafael Herrera Vegas, de Venezuela, y Jacob de Tezanos Pinto, del Perú, en Medicina, Carlos M. Morales y C. Casagemas, del Uruguay, ambos en Ciencias exactas. — entre muchos otros que podría mencionar, — maestros eminentes que supieron dar dignidad prestigiosa a la enseñanza y conservar a la Ciencia en su alta

cumbro de vestal sagrada y sin Patria, porque pertenece a la Humanidad!

Con esa tradición el nuevo Instituto podrá llenar honrosa y eficazmente su cometido, fortificando la vieja vinculación de los pueblos y sus Gobiernos por el intercambio de la producción intelectual y por la mayor aproximación de los espíritus en la zona de los ideales y aún de los ensueños. . . . El mejor conocimiento recíproco ha de ser motivo de más confiado respeto y de más expansiva cordialidad en las esferas de la superior cultura en que los hombres abren los espíritus a las inspiraciones de la fraternidad humana y a las luces de la belleza moral.

En nombre de la Universidad agradezco su concurrencia a este acto al Exmo. señor presidente de la Nación y su Ministro de Estado, al Exmo. señor Arzobispo de Buenos Aires y a los representantes diplomáticos de las naciones de América Latina. La agradezco como un honor dispensado a esta casa de estudios y como demostración auspiciosa de que ha sido comprendido en su esencia el significado del nuevo Instituto, en cuanto medio de aproximación espiritual entre pueblos históricamente hermanos, y de solidaridad en sus esperanzas y sus destinos. Por obra de una más firme aproximación de sus voluntades y una más sólida vinculación en sus esfuerzos, podrá realizarse en América el anhelo de Alberdi con respecto a la Argentina. — el de una tierra alumbrada por la libertad, poblada por hombres de cultura y de trabajo procedentes de todas las razas, enriquecida por el trabajo inteligente y ordenado. — dueña y señora de sus propios destinos, en la paz fecunda y generosa de sus instituciones!

Y así también, en el correr de los tiempos, entre el esplendor de las más altas conquistas de la civilización, podrá proclamarse como una profecía hecha realidad, el voto de Roque Sáenz Peña: América para la Humanidad!

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD

Las autorizadas y elocuentes palabras del señor Rector de la Universidad de Buenos Aires y la presencia, tan auspiciosa, de la más alta autoridad de la Nación y de los embajadores de las naciones hermanas, confieren a este acto una significación que mucho honra a la Facultad de Filosofía y Letras. Ella saldrá responder a tan solemne deferencia, intensificando esta obra de compenetración espiritual, que concibió con altos fines universitarios y aún sociales.

Nuestra Facultad, al lado de su labor docente, realiza una intensa obra de investigación a cargo de sus Institutos; algunos, bien notorios, por sus múltiples y acreditadas publicaciones, y otros más modestos, pero igualmente aplicados al estudio científico de las humanidades.

Dentro de esta labor que acaso algún día hemos de hacer conocer en un libro de conjunto, el Instituto de Cultura Latino-Americana se singulariza por un doble destino: por una parte, aspira a ser un núcleo de investigación de la labor cultural de las naciones latino-americanas, desde la mera información bibliográfica hasta la valoración crítica de su producción literaria y artística; y por la otra, y sin salirse de su campo estrictamente universitario, quiere tomar parte en la alta misión de consolidar la unión de América, mediante el cabal conocimiento e intercambio de sus múltiples manifestaciones culturales.

Pláceme, señores, recordar dos ideas orientadoras que los pesimistas y escépticos denominan utopías. La utopía socrática, según la cual el saber es la base del bien, y aquella otra de Leibniz de que acaso un idioma universal sea el más eficaz agente de la comprensión y de la paz. Y Latino-América tiene un idioma común, aún teniendo en cuenta la aparente excepción

del portugués; pero no tiene en cambio, por mil factores que no es del caso analizar, un pleno conocimiento de sí misma.

El Conferencista nos va a hablar del alma de América; yo me permitiré manifestar ahora que la realidad de la misma, hoy sentida, cobrará un vigor intelectual extraordinario cuando las naciones latino-americanas se conozcan bien, cuando vean claros los muchos hilos de una igual tradición, de un mismo idioma, de una misma raza, de un «sentido» de Latino-América que perspicaces viajeros oriundos de otras tierras han intentado definir.

Conocemos bien a Europa, y ciframos nuestro orgullo en europeizarnos, en vivir en nosotros una cultura milenaria. Y está muy bien. Pero ignoramos — hablo en términos generales — aún auténticos valores de primera magnitud, en la producción latino-americana. A semejanza de los costosísimos viajes por Sud-América, el viaje intelectual a través de su cultura es empresa muy árdua.

Permitidme — señores — recordar las palabras de quien fué presidente de la Nación y Rector de la Universidad de Buenos Aires — Avellaneda —, hoy que a la Facultad de Letras le cabe el honor de tener aquí al actual presidente de la Nación y al actual Rector de nuestra Universidad. No me haréis cargo, estoy seguro, porque si la cita es extensa, encierra en cambio una gran belleza moral.

«Las Constituciones, los vínculos políticos, organizan los pueblos y los reúnen en una Nación. Pero hay también otra unidad para los pueblos, modelada solamente sobre el mundo ideal de la belleza.»

«Por qué los pueblos griegos, que jamás compusieron una nación, se llaman con un sólo nombre en la memoria humana?»

«Por qué existió una Grecia, cuando sus pueblos, tan distintos, enemigos o rivales, nunca obedecieron una ley común? Hay los vínculos del idioma, del origen; hay sobre todo los vínculos del alma, que pueden hacer de muchas naciones una sola nación, aunque vivan entre sí vida apartada e independiente.»

«La unidad de la Grecia sólo tiene por legislador supremo a Homero, por teatro de acción los juegos olímpicos, y por co-

rrientes de aire y de luz que renuevan la existencia nacional, las tragedias de Eurípides o aquellas efusiones del alma de Platón, cuando discurría con sus discípulos paseando por las alturas del Sunium y espaciando sus miradas sobre horizontes que ningún ojo humano ha podido después recorrer.»

«Por qué los pueblos que procedemos de la España no buscaríamos mantener entre nosotros y con ella esta unidad por el arte, por los espectáculos y por el cultivo del mismo idioma, que bastó para salvar la integridad del pueblo griego? Escuchadme. Voy a pronunciar palabras que están en nuestra mente y que podemos llevar desde mañana en nuestro corazón. La discordia desapareció. No existen ya siquiera los fragmentos de la cadena rota; y al encontrarnos después de perdida hasta la memoria de las batallas, iguales y libres en el estado de las naciones, podemos bien recordar que, por nuestros orígenes comunes, sabemos conducir del mismo modo la cuadriga, arrojar el cestum, o dar el tono a la lira sobre el mismo ritmo...»

No sin un dejo de tristeza leemos este último párrafo. La discordia no ha desaparecido en América. Si ya se había perdido hasta la memoria de las últimas batallas, hoy los hechos nos traen de nuevo a la realidad; Dios quiera que América alcance la Paz por los mil medios que sugieren el ideal y la razón y la buena voluntad de los hombres.

Quiera Dios, también, que nosotros, dentro de nuestra esfera universitaria, podamos contribuir, en términos de conocimiento a tan noble misión.

Señores: en mi carácter de Decano, declaro inaugurado oficialmente el Instituto de Cultura Latino-Americana.

EL ESPIRITU DE AMERICA

La fundación del Instituto de cultura latino-americana, cuya apertura solemniza hoy tan gratamente esta excepcional reunión, y la de la cédula adjunta a él, que me ha sido confiada como a primer profesor de su asignatura, son hechos que afirman un espíritu y reanuda una obra de solidaridad intelectual correspondiente, como lo ha dicho bien el señor Rector, a una histórica tradición argentina dentro de una histórica tradición americana; la tradición del anhelo y el esfuerzo de los países de este continente por identificarse en el concepto de un destino propio del mundo que los reúne en su seno.

«Estamos en los albores de una nueva era desconocida en los anales humanos. — dijo la juventud de Alberdi. Todo lo que va a salir de este continente es distinto de lo conocido hasta ahora. La América está en una de esas grandes épocas de refundición social y de embrión de un mundo desconocido.»

La exaltada arrogancia de estas palabras de Alberdi afirmaba, sin duda, con afán combativo, un anhelo exagerado en reivindicación de realidad, tendían a espolear el sentimiento americano incrustándolo de una misión independizada de todo vínculo histórico o moral con el viejo mundo de los reyes, de las conquistas, de las prepotencias, que tanto frecuentaban la mente de Alberdi como intrínsecas al repudiado monarquismo.

Pero en esa misma más o menos visionaria concepción de una nueva milicia sociológica a surgir de un nuevo mundo que no fuera sólo tal por su cronología histórica, sino por el espíritu, los fines y las formas de su acción propia, había, también sin duda, un sentimiento y una voluntad que bajo múltiples

aspectos, se manifiestan como expresión de solidario impulso desde que la América respira los primeros vientos de su independencia. La Revolución habla siempre en nombre de América, y en la voz popular dan eco a ese sentimiento y a esa voluntad los baluceos rítmicos de la musa revolucionaria argentina en las canciones patrióticas que el hálito de Mayo inspiró. Recordemos como ejemplo típico aquella de nuestro Esteban de Luca, que desde fines de 1810 convocaba así a las hazañas de la epopeya en potencia:

Sud-americanos,
¡mirad ya lucir
de la dulce patria
la aurea feliz
La América toda
se conmueve al fin,
y a sus caros hijos
convoca a la lid.

La América toda, la gente sud-americana, un joven mundo en espontáneo, natural consorcio, es el que canta y se canta en esas resonancias de una personalidad instintivamente sentida como obra de la naturaleza y designio de la historia.

La unidad moral del continente es una presencia continua en esos himnos de la fe patriótica en que aparece una y otra vez la América ofreciendo «aromas y cantos», «jazmines y rosas» al sol de la libertad que Mayo vió nacer.

Y no es, por cierto, poco significativo como expresión de realidad moral esto de que el sentir común aparezca así anticipándose, desde las primeras horas de la emancipación, a la obra del pensamiento político y de la acción militar con que más tarde San Martín y Bolívar le darán realidad histórica haciendo germinar naciones bajo común signo americano a todo lo largo de sus caminos de sur a norte y de norte a sur.

Entre tanto, la voluntad y el sentimiento de las individualizaciones nacionales que así van surgiendo, se conciertan con la voluntad y el sentimiento de una unidad fundamental que persistentemente busca formas de organización común.

Esto tiene un extenso reguero de exhortaciones, planes y tratados, que en la esfera oficial inicia su chiapeo con el Con-

greso de 1825 en Panamá, y destaca veinte años más tarde nuevo núcleo en el de Lima; concreciones circunstanciales de esfuerzo defensivo ante peligros inmediatos, pero con levadura de unión que orienta hacia la asociación formal, ya antes propuesta y no relegada después. Monteagudo escribía su *Ensayo sobre una federación entre los Estados hispano-americanos* cuando el puñal de Candelario Espinosa apagó en él ese pensamiento, que había de seguir encendiéndose en el espíritu de publicistas, estadistas y juristas argentinos, chilenos, peruanos, venezolanos, neo-granadinos, ecuatorianos y mejicanos: Alberdi, Juan María Gutiérrez, O'Higgins, Vicuña, Carrasco Albano, Martín Palma, Bilbao, Francisco de Paula Vigil, Vidaurro, Escudero, Florentino González, Samper, Moncayo, Cañedo (1); toda una brillante pléyade de inteligencias puestas al servicio, ora de una asociación moral de los pueblos del continente, ora de una insalvable confederación americana que también cantó la lira de Olmedo proclamando incontrastables la libertad y la gloria de esos pueblos «si en lazo federal de polo a polo — en la guerra y la paz viven unidos», sirviéndoles de lazo poderoso la alta,

(1) O'Higgins, B., *Manifiesto a los pueblos de Chile* (1818). Bolívar, S., *Carta al Director de Chile invitándolo a la federación americana* (1823). Bolívar, V. (Ecuadoriano); *El sistema colombiano popular* (1823). Monteagudo, B. (Argentino); (Obra citada en el texto). Vidaurro, M. V. (Peruano); *Discurso en el Congreso de Panamá* (1827). Cañedo, Juan de Dios (Mojicano); *Misión diplomática ante los gobiernos hispano-americanos con el objeto de reunir un Congreso general* (1833). Vicuña, P. F. (Chileno); *Unico asilo de las repúblicas hispano-americanas* (1837). Alberdi, J. B. (Argentino); *Memoria presentada a la Universidad de Chile sobre la Conveniencia y objeto de un Congreso general americano* (1848). Carrasco Albano, M. (Chileno); *Necesidad y objeto de un Congreso americano (en Anales de la Universidad de Chile)* 1855. Bilbao, F. (Chileno); *Insistencia de América. Idea de un Congreso general de las repúblicas* (1856). Vigil, F. de P. (Peruano); *Paz perpetua en América, o Confederación americana* (1856). Escudero, I. (Peruano); *Informe sobre el tratado tripartito de 1856*. Samper, J. M. (Neo-granadino); *Federación colombiana* (1859). Palma, M. (Chileno); *Memoria sobre las causas de la disolución de las Repúblicas sud-americanas y cuestiones que deben resolverse para hacer practicable su unión* (1869). Gutiérrez, J. M. (Argentino); *Carta a B. Vicuña Mackenna* (1861).

Además, numerosos artículos sobre el mismo asunto en la prensa periódica.

«la gran cadena de los Andes — que en fortísimo enlace se dilatan del uno al otro mar».

Pero ese espíritu de concordancia organizada en alianza internacional, que deflagra en protocolos diplomáticos, planes políticos, memorias universitarias, discursos y epístolas, sin alcanzar éxito práctico, se tradujo más de una vez, confiado por diversas circunstancias de la vida de relación a escritores y poetas, en fecundo dinamismo de compenetración intelectual animada por las armonías de la belleza y del saber.

Fué así como se conocieron y se sintieron en lo mejor de sí mismos lejanos pueblos identificados por un común verbo de fraterno acento.

Magnífico y ejemplar caso de transfusión de un superior y luminoso sentido del espíritu continental a distantes entendimientos agrupados ante un maestro de todos, es el de Andrés Bello, venezolano llamado por Chile para organizar allí las actividades de la inteligencia, y que en Chile encuentra una nueva patria de su preclaro intelecto; una patria que le ofreció sin reservas de pretensión localista sus fuerzas espirituales para que con ellas forjara su cultura nacional, y que con un memorable magisterio difundió a toda América perdurable claridad.

El que aquí os habla, señores, recibió en su infancia el eco de esa voz del gran Bello sonando en nobles versos y diciendo enseñanzas de fecundante sabiduría.

Hijo de chileno, la cultura paterna hizo llegar a mi entendimiento en matinales días el roce de ese hábito en que venía la esencia de un común espíritu americano. Mi padre, hijo de la Universidad fundada por Bello, tenía libros de Bello y de sus discípulos; su conversación evocaba la obra que había arraigado y hecho florecer en Chile y dilatado a la América toda ese gran maestro de hombres y de pueblos; y el roce de aquella claridad pródiga en gérmenes de iniciación movió la codiciosa mente juvenil a interesarse en las manifestaciones de un saber tan inteligente, tan bien construido y tan rico en elemento propio. La irradiación de esa cultura encendió y organizada por Bello acompañó así el viaje de mi espíritu por el camino en que iban multiplicando sus luces las revelaciones venidas de todos rumbos. Aquella voz que difundía sobre las

diversificaciones geográficas y políticas la unidad de un ambiente moral propio de hombres y sociedades emparentadas por su génesis, su historia y su solidario destino superior a lo contingente de su vida individual, dejó en el temprano entendimiento el primer gérmen de una conciencia de lo americano concretado en realidad efectiva y activa; y es así como hoy puedo y cumplo decir, señores, rindiendo un justo tributo de recuerdo, que a esa iniciación debo originariamente el honor de esta tribuna.

La iniciativa que asestó en Chile el magisterio de Bello, iniciativa del presidente Pinto, cuyo nombre es justo asociar con el de Chile al de Bello, como el del presidente Vicuña con el de Méjico al de Heredia, — no pudo generalizarse en la América de aquellos días, que forjaba difícil y agitadamente la organización de sus pueblos. Desde luego, no es cosa de hallarse a cada paso una personalidad como la del ilustre maestro venezolano. El alto anhelo de cultura que se personificó tan nobilísimamente en nuestro Rivadavia tuvo que recurrir para análoga obra a un europeo, el ilustrado José Joaquín de Mora, que ejerció a su vez un útil pero breve magisterio intelectual en Buenos Aires.

Fuero en cambio las convulsiones políticas las que, a la vez que se interponían quebrando la línea de esa proyección cultural, originaron un más directo y un más dinámico movimiento de comunicación y penetración inter-americana, haciendo así fecunda la desgracia.

De los primeros en ser llevados por la proscripción a florecimiento en amiga tierra ajena, fué el cubano José M.^a Heredia, alma agitada, vida prcelosa, como buscando contraste al sereno y claro espectáculo de la de Bello; el Heredia cuya lira dió eco perpetuo al fragor del Niágara, y en quien acogió Méjico al que redimiera con magia de belleza lo siniestro de sus reliquias del pasado autóctono evocado en sus templos bárbaros.

Fuero luego los nuestros, las inteligencias y los corazones argentinos flameantes de libertad en sombras de opresión; fuero los ungidos del dolor cívico, dispersos por el continente como

hojas que se lleva sin rumbo el huracán, — según aquel en cuyos labios ardió flamígero el verbo lírico de la expatriación, — los que llevaron a otras tierras la simiente de penetración americanista, fértil en frutos de fraternidad.

Chispas arremolinadas por negro vendaval, donde cayeron al azar de su agitado éxodo, — en Montevideo, en Chile, en Bolivia, en Río de Janeiro, refugios de la inteligencia proscripita, — encendieron fuegos de cálido sentimiento americano en hogares amparados por una memorable hospitalidad.

Esoa emigrados del Buenos Aires de Rosas llevaban a todas partes, con la pasión de rebeldía suscitada por la prepotencia autoritaria, el ánimo combativo de un apostolado renovador; y nada de esto, ni lo político, ni lo sociológico, ni lo intelectual, nada de esto que la batalladora predicación del liberalismo romántico agitaba impetuosamente, encontró indiferentes la inteligencia y el corazón de los pueblos que acogían a aquellos inquietos huéspedes; porque sobre las contingencias de lo inmediato sentíase todos llamados a comunión íntima por los principios y la virtualidad de un destino superior a ellos mismos.

¡El alma de la madre América!

Todavía muchos años después, los hijos de aquella Cuba desheredada de libertad hasta fines del siglo de la libertad en América, habían de reproducir ese cuadro de los peregrinos del año patriótico agitando aquí y allá con su presencia y sus voces el alma americana invocada como fuerza materna. Merchán en Colombia, Zambrano en Centro América, Quintero en Nueva Orleans, Santacilia en Méjico, Martí en los Estados Unidos, en Méjico, en Guatemala y Venezuela, difundieron, — como lo ha hecho notar Alfonso Iraizoz, — el nombre y el dolor de Cuba desde la cátedra; la tribuna y la prensa, haciendo de la inteligencia expatriada agente de solidaridad en el campo de la cultura continental, y forjando así el instrumento de liberación que había de consumar al fin la larga empresa nacional cubana.

Fué así también cómo los argentinos de la expatriación gloriosa, aún atenuado con arbotada turbulencia en Chile las normas de una cultura que podía ser orgullo del país, difundieron afinidades de alto sentido solidario lo mismo allí que en los

otros pueblos a que los vinculó su memorable peregrinaje; y uno de esos peregrinos de entonces personifica todavía en su más cumplida expresión el ánimo de simpatía americanista concretado en esfuerzo y obra reveladores de su abolengo intelectual. Este fué Juan María Gutiérrez.

En nadie, verdaderamente, como en esa cordialísima figura de vivo mirar risueño y diligente expresividad comprensiva se asoció con tan estrecha afinidad el afán de la inteligencia curiosa y flexible a un amor tan bellamente hospitalario como el que acogió en Gutiérrez los legados coloniales del pensamiento y del esfuerzo literario.

Una solícita afición descubridora de prendas enterradas por el tiempo, a la vez rápido y ávido en la vida de pueblos cuya personalidad se desgaja presurosa del pasado forjando porvenir a todo trance, llevó a Gutiérrez a aquel gran viaje intelectual hasta Guayaquil, que dió como cosecha de pródiga simpatía la publicación del «Arauco donado» de Pedro de Oña, exhumado por él de los archivos de Lima e impreso en la patria chilena del poeta; la compilación de las poesías de Olmedo; los estudios que habían de constituir más tarde el volumen sobre «Algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX», y la «América poética», con que Gutiérrez dió al joven continente su mejor antología hasta entonces y hasta mucho tiempo después; revelación de valores o esfuerzos ignorados o mal conocidos que llegó a ser histórica, por primera en el tiempo y por meritoria en calidad.

Gutiérrez hizo por los escritores de América lo que por los de su propia tierra, y esto es de por sí el elogio completo de su fecunda cordialidad americanista. Con aquel largo estudio y grande amor que enseñó el poeta, llevó a las figuras y las obras relegadas la luz y la consideración que la indiferencia y el olvido les habían negado. Al vibrante empeño de emancipación intelectual que fué en Alberdi helicosa prédica, infundióle Gutiérrez calor cordial y eficacia práctica, dando a la vez a aquel empeño su ejecutoria histórica con el conocimiento de las raíces de su derecho.

Rindió a Gutiérrez los mejores honores, honores de justicia y de belleza, quien había de asumir después de él en el Plata la misión americanista, ejercitándola y desplegándola como un apostolado ideológico en madurado punto de plenitud. Este fué José Enrique Rodó.

El luminoso estudio que ese admirable escritor uruguayo consagró a Gutiérrez y su época, señala el momento en que la prédica americanista va a resurgir modelada en verbo que será siempre gloria de la empresa que lo animó. A ese estudio, tan rico en dones de simpatía como en serenidad de juicio, había de seguir el evangelio de «Ariel», dirigido a la juventud de América; y el sentimiento americano respondió a esa prédica, — indudablemente porque sentía en ella lo propio y lo más íntimo de sí mismo, — haciendo de Rodó el intérprete revelador de la intuición americanista; la voz de esa unidad radical que se busca tan obstinadamente a sí misma en la dispersión, y que le llevó a proclamar en el cada vez más caluroso desenvolvimiento de su apostolado la idea de la América concebida como «una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos, desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del sur». Porque — dijo en su discurso ante los restos de Juan Carlos Gómez, — «ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana».

Tiempo atrás, el alma cantante de un poeta que luego iba a asentar en Buenos Aires su tienda de peregrino había llegado a tierras de esta región meridional del continente haciendo camino a todo lo largo de la sonora costa del Pacífico.

Este era Rubén Darío, que andaba en busca de la clave de cierto sortilegio lírico a iluminarse en tierras lejanas de su nativa Nicaragua por la virtud de aires fecundos en gérmenes de renovación vivificante.

La cifra germinal de esa revelación fué una palabra que decía expansión de luz, de color y de espacio, y que parecía vaticinar futuro argentino: «Azul».

En el libro así titulado se anunciaba, en efecto, el Darío de

«Prosas profanas», epifanía del nuevo verbo poético que Buenos Aires iba más tarde a acoger y propagar como voz de áurea veta denunciadora de peregrino caso: el de una atorbellinada cosmópolis, «llena de tráficos comerciales», meciendo musicalmente la cuna de una delicadísima criatura lírica.

Y fué así como vinieron a concentrarse en esta región del Plata la acción que el pensamiento meditado y la fantasía poética irradiaron a todo el continente.

Darío no era el poeta de América (según la fórmula de aquel mismo Rodó que saludó tan bellamente en él la aparición de una nueva belleza del verso); en esa magia de la palabra musical y de la fantasía por la fantasía que Darío predicó, reinaba lo exótico como gran señor desdeñoso de todo lo que no fuera el ensueño de lo no vivido. «¿Qué queréis? — confesaba el poeta; — yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer». Y más tarde:

«El dueño fui de mi jardín de ensueño,
Beno de rosas y de cisnes vagos»...

Darío no era el poeta de la genuina de América; y sin embargo, la América de aquel momento en que rompió a cantar su música «suya en sí», estuvo con él y siguió tras él en clamorosa caravana; y llevó con él a la lejana madre histórica la frescura de su juventud cantando nuevos ritmos nacidos en Buenos Aires.

Es que en Rubén Darío halló la América el poeta de su natural y común afán de Nuevo mundo; el congénito afán de renovación, de novedad — si así se quiere — en que busca el germen fecundante de su personalidad propia y libre. No está, no, todo el americanismo en el pasado étnico, en la historia común, en la naturaleza física genuina. Lo más promisor de su levadura solidaria está, señores, en la fuerza moral de las potencias que lo impelen a ser algo nuevo en el seno de sí mismo por la engendró; a ser algo definido en lo íntimo de sí mismo por la palpitación de una voz que le ofrece lo mejor que puede ofrecerse tanto a los hombres como a las sociedades: porvenir.

Acentuada hoy en movimiento colectivo, dispersa mañana en esfuerzos individuales, esa energía latente persiste a través

de las alternativas de intensificación y distendimiento que traen al recuerdo el frecuentado símil de aquellos ríos cuyo curso se borra aquí o allá, aparentemente extinguido el raudal, y que tras oculto viaje subterráneo resurgen más lejos, siguiendo tenaces su ruta.

Fruto de esa savia es una de las más recientes conquistas de realidad actual y trascendental consumada por el sentimiento de una mejor confianza en que se afirma la obra americana depurada de aquellas ideas de organización federativa que contrastaban tan singularmente con el brotar de las independencias en el mundo continental.

Me refiero, señores, a la todavía reciente visita de nuestro Presidente al Brasil, donde la firma de numerosos tratados de cordial avenimiento y activo consorcio vincularon a brasileños y argentinos con vínculos jurídicos florecidos como guirnaldas al calor de sentimientos que, antes que la pluma, habían rubricado esas convenciones con la afirmación de su íntima armonía.

Todo eso y su más allá que el presidente argentino pudo proclamar así en su discurso al presidente brasileño:

«La confianza, la buena fe recíproca, que han presidido las relaciones de nuestras dos naciones, sirven de sólido fundamento para el futuro. No aspirando ni tolerando ninguna hegemonía ni otras conquistas que las de la cultura, fácil nos es hablar abiertamente de nuestros propósitos e invitar a todos los pueblos, y en especial a los de la América del Sur, a unir sus esfuerzos a los nuestros para la obra que queremos realizar y que está admirablemente definida en el lema «Orden y Progreso» de vuestra enseña y en las manos unidas del escudo de mi patria».

El ánimo y la actitud de cordial acogida, el calor amigo que hacen sentir esas manos que se estrechan sobre nuestro escudo, han hecho surgir ahora en Buenos Aires este instituto de comunicación intelectual entre los países de la América latina.

Va a decirnos brevemente cómo, la historia de su fundación, tal como fué expuesta en sesión del Consejo directivo de nuestra Facultad por el entonces decano doctor Coriolano Alberici, sosteniendo el respectivo proyecto que fué de inmediato sancionado.

«El Embajador del Perú — dijo el doctor Alberini — recibido solemnemente por el Consejo superior de la Universidad, pronunció un discurso, y en él encareció la necesidad de estrechar vínculos intelectuales entre los países americanos de origen común. A su juicio, la Argentina, por su situación, era el país más indicado para convertirse en foco de la unidad espiritual perseguida, y la Facultad de Filosofía y Letras, la institución más adecuada para centralizar las relaciones de carácter cultural. Esas ideas recibieron el apoyo más decidido del Consejo superior universitario, y el rector pidió a este decanato que las convirtiese en hecho. A ese pedido, que es un honor para la Facultad, responde el proyecto presentado, que tiene por origen una idea sustentada durante mi anterior decanato, cuando propuse la creación de la cátedra de literatura ibero-americana como primer paso para organizar las relaciones culturales interamericanas hasta ahora a cargo de órganos políticos y oradores de circunstancias. «Es evidente el desconocimiento recíproco entre los países latino-americanos, y evidente la existencia en ellos de una producción intelectual digna de conocerse. Gracias al Instituto, la Facultad podrá vincularse con los centros culturales de la América latina y aumentar su influjo intelectual».

Esto que dijo Coriolano Alberini, dice a la vez que a él debe reconocérsele el honor de haber promovido e iniciado la obra que hoy se consagra públicamente aquí.

Así nació en Buenos Aires este Instituto universitario latino-americano o ibero-americano; denominaciones que igualmente corresponden a un propósito bien importante: comprender en la vinculación que sus estudios extenderán, la actividad intelectual brasileña.

Una vasta y brillante cultura, organizada al amparo de los años de firme tranquilidad que el Brasil disfrutó bajo el gobierno de su último y sabio emperador, tan propicio a las actividades de la inteligencia, viene, pues, a enriquecer el caudal ofrecido a los estudios de este Instituto. Cultura no ignorada, por cierto, pero sí desviada de la frecuentación, y por consecuencia de la apreciación que se merece, por la atmósfera aisladora que difunde la diversidad del idioma.

Tenemos derecho a esperar que este inconveniente será neutralizado por el concurso de los intelectuales brasileños, que solicitaremos para que nos ayuden a penetrar cumplidamente la vida cultural del Brasil, pues la iniciativa del interés brasileño está también asociada a la generación de nuestro Instituto.

Años atrás, en efecto, un eminente escritor de aquel país, Osorio Estrada, que dejó en Buenos Aires perdurable recuerdo de sus conferencias sobre literatura brasileña y valiosos dones de su delicado espíritu en traducciones al portugués de páginas de poetas argentinos, expuso al mismo doctor Alberini, según manifestación de éste en su discurso ya mencionado, la aspiración de que se fundase la cátedra de literatura ibero-americana que hoy, cumplido aquel voto, funciona adjunta al Instituto.

Del mismo modo que en lo relativo al Brasil, contamos con que, respecto de los demás países, el agente inmediato y más eficaz del éxito de nuestro empeño sea el aliento de simpatía por la obra de interés común que virtualmente asocia voluntades a ejercitarse con provecho recíproco de todas las naciones americanas.

Su ordenanza fundadora atribuye a este Instituto la misión de formar una biblioteca de autores de todas ellas, y editar una serie de obras originales sobre temas referentes a la vida cultural, al movimiento de las ideas y los estudios en nuestra América; además, la publicación de un boletín que mantenga ágil y continua la comunicación internacional a fomentarse. La Facultad, de que el Instituto viene a ser algo así como un órgano internacional, gestionará, por su parte, que en concurrencia con profesores de la Universidad de Buenos Aires y con argentinos eminentes, acudan a disertar en su aula académica profesores y personalidades intelectuales de los demás países de la América sobre temas que los hagan conocer en los varios aspectos de su vida cultural.

Iniciamos esta empresa con los limitados medios que las condiciones del presente, tan notoriamente restrictivas, imponen a todo esfuerzo de vasto alcance, reducido por esas circunstancias a modestos principios.

Pero la naturaleza y fines de esta iniciativa aseguran sin duda desde luego el concurso personal de los diplomáticos cuya pre-

sencia en nuestro país supone relaciones directas de afinidad y conocimiento que les permiten apreciar bien el significado, las posibilidades y las perspectivas de la empresa intelectual que solicita su cooperación.

En cuanto a los demás factores...

No sería yo sincero si dijese que Buenos Aires ha de contribuir a este empeño americanista con una gravitación colectiva de interés caluroso; con un movimiento de opinión pública, en fin.

Abierta nuestra tierra desde sus primeros días de independencia a todos los vientos del mundo, un móvil universalismo de espíritus atraídos por las mil diversificaciones de la actividad humana en todas partes ha llegado a ser en nosotros una característica nacional. La afluencia cosmopolita en ingente aluvión no ha concurrido por cierto a rectificar ese modo de ser dispersivo que hace tan difícil la concentración del pensamiento colectivo en un interés externo de tensión normal.

Pero aquellas mismas circunstancias que hacen difícil ésto, han hecho nuestro ánimo flexiblemente hospitalario para todos los sentimientos e ideas que reclaman concurso de simpatía cordial; y en este sentido no será, como no lo ha sido nunca, indiferente a la voz americana el pueblo que desde las primeras horas de su vida nacional asoció a la difícil obra de su independencia el fraternal empeño de la emancipación de toda la América.

Desde luego, es aquí, en suelo argentino, donde tiende sus incipientes raíces este órgano de dinamismo comunicativo que aspira a irradiar de Buenos Aires y hacer afluir a Buenos Aires corrientes fecundas de esa vitalidad americanista que, por lo demás, no ha logrado todavía en otros países menos distraídos que el nuestro, el común propósito de que la América se conozca a sí misma en lo mejor de sí misma.

Vamos a emprender, pues, con esa energía dispersa un experimento de condensación como sugerido por esto que voy a decir:

En los laboratorios de investigaciones biológicas puede observarse una preparación, un cultivo, como dice el vocabulario

técnico, de cierto tejido muscular que muestra en el campo del microscopio unos filamentos desprendidos de la formación orgánica a que los destinó la naturaleza. Son fibras de un corazón; de un pequeño corazón de ave. Son los exiguos elementos del órgano cuyos latidos en el pecho humano mueven el mundo.

Y, — ¡conmovedora manifestación del misterio de la vida! — cada uno de aquellos filamentos que el cultivo biológico mantiene vivos, cada una de aquellas fibras, late, señoras, late, palpita en sí misma, repitiendo débilmente, dulcemente, infantilmente, el ritmo del corazón dispersado en ellas!

Están así en esos hilos vitales el sentimiento, la emoción, la pasión, está en potencia todo lo que agita el alma, todo lo que hace grande la vida aún en sus miserias y bella aún en sus dolores.

Y bien; algo semejante ocurre con ese espíritu de radical unidad americana que aquí nos ha reunido: aspiración fragmentada ora en impulsos colectivos, ora en centelleos del pensamiento individual, persiste en todo eso la potencia de una vida originaria que la dispersión no ha conseguido anular. Cuando esas vibraciones lleguen a concentrarse en los robustos latidos del corazón que en ellas palpita disgregado, el espíritu de la América habrá conquistado la realidad de aquel su viejo y siempre fresco anhelo que una vez más reaparece hoy en esta hora. Esto es lo que nuestro Instituto quiere alcanzar.

Señores representantes de los pueblos americanos:

Vuestra asistencia a este acto, tan grata e importante por sí misma, sugiere un recuerdo que acentúa todavía su significación.

Un día que quizá fué el más radiante de la vida de Bolívar, su fantasía de poeta exaltado por el genio y la gloria de gran capitán le llevó a buscar en la cumbre del Potosí escenario para un magnífico cuadro de apoteosis. Le acompañaban Sucre, el vencedor en la última, soberbia batalla de la emancipación continental; Miller, el de Junín; los plenipotenciarios de Buenos Aires, Alvear y Díaz Vélez; los jefes y oficiales de su estado mayor: un grupo en que florecía la historia.

Desde aquella eminencia que los Andes ofrecieron a tal con-

sagración, extendiábase hacia el norte ante Bolívar la América toda de sus fatigas, sus batallas y sus glorias de libertador, en tanto que del sur llegaba, dilatado hasta Lima, el áureo timbre de las glorias de San Martín.

Y ante todo eso, en lo alto del monte que pudiera creerse levantado por el impulso de tan grandes recuerdos, Bolívar hizo flamear las banderas de la América en que aún sonaban las diademas de Ayacucho, las banderas nacionales de 1825, proclamando con el chasquido de sus victoriosos colores la libertad del continente.

Este grande espectáculo estaba destinado a ser único, como lo fué, por cierto, en su aspecto y sus circunstancias propias que ya no volverían a concertarse como aquel día. Pero he ahí, señores, que peregrinamente ventos hoy reflejarse en esta sala ese cuadro en lo que tuvo de más significativo y trascendental: su expresión de fatima armonía de pueblos a la vez diversificados y unidos por la libertad.

Las banderas de la América han venido a reunirse también aquí en la concurrencia oficial a este acto. Trae en sí el presidente de la República los claros y cordiales colores de la nuestra, que son insignia de la primer magistratura argentina; y se agrupan en vosotros, cifradas en vuestras representaciones nacionales, las enseñas de los pueblos que personificais en nuestra tierra.

Y es así como aquel flameante consorcio de banderas que aureoló un día el sol en la cima del Potosí, aparece hoy reflejado en esa ideal animación de colores que en vosotros y en nosotros conciertan luminoso iris en torno a la cuna del Instituto de cultura latino-americana, así inaugurado bajo los más promisoros auspicios que pudiera imaginar la ambición del más generoso futuro.

